

## Pasillos impúdicos

A fuerza de ver las cosas repetidas una y otra vez, parece que uno se acostumbra a todo. Debe ser la influencia anestésica de la costumbre, como decía Proust. Por eso es fácil no reparar en qué hay bajo muchas imágenes (hoy todo es imagen, hoy todo entra por la vista) que nos brinda la televisión, ese invento antaño sorprendente y hoy mefítico las más de las veces.

En efecto, pone uno el aparato de televisión y lo más fácil es que el mando a distancia, actual objeto del deseo y de luchas familiares sin fin, nos ofrezca un carrusel en el que dan vueltas vividores de todo tipo a las grupas de popularidades artificiales, jaleadas por periodistas a los que uno ve hacerles preguntas a los susodichos jinetes de la fama, con unas ínfulas tales que pareciera que entrevistaran a un premio Nobel. O bien nos ponen delante a los *grandeshermanos*, individuos que dicen participar en un experimento sociológico cuyas conclusiones principales me parecen que recaen en un solo axioma: todo por la pasta. O aparecen otra vez los sesudos periodistas, todos en medio de una algarabía que haría palidecer a los borrachos consuetudinarios de las peores tabernas, viviseccionando sin piedad al famoso de turno.

Semejantes mamarrachadas me parecen infumables por varios motivos: primero, porque el personal da tres cuartos al pregonero con total desparpajo. Segundo, porque triunfan inútiles a costa de la desnudez física y moral. Tercero, porque los programas del ramo, tan seguidos por los públicos, supongo que a estos convencen de lo importantísimo que es para nuestro progreso como nación y para nuestros sueños como estirpe humana que impresentables de todo pelaje griten, se insulten o se amenacen. Si estos lo hacen, y salen en la tele, por qué no va a tener derecho el probo ciudadano a conducirse de ese modo. Claro está, todo esto es un negocio, y el que no quiere, además, no pone esos programas. Como hace un servidor, que huye como de la peste de esos espacios, y pronto tendrá que hacerlo de algunas tertulias de carácter político, porque sus ilustres intervinientes empiezan a comportarse de un modo pizca más o menos grosero.

En fin, a esto nos hemos acostumbrado. Y de ese modo nos convertimos en una turbamulta vociferante. Cosa tampoco nueva. Antes (y ahora también, pero corregido y aumentado) teníamos el fútbol. Allí nos desahogábamos y gritábamos a pulmón henchido, contra una especie que parecía concebida para el desenfreno popular: la de los árbitros. También contra los futbolistas del equipo contrario y, si se terciaba, contra los del propio, si es que no rendían como se esperaba de ellos. También estaban las tabernas, para minorías exaltadas que dejaban un tufo de iconoclasia etílica, tantas veces tan filosófica.

Pero ahora, desacomplejados y en espacios públicos como las puertas de los juzgados, se forman pasillos de gritones que no sé cómo averiguan las horas de entrada y salida de los famosos que comparecen ante la justicia, pero que no fallan. Ellos son un jurado popular inapelable, no necesitan leerse los voluminosos sumarios y han juzgado y sentenciado sin que nadie les rechiste. Si llega un imputado, a la letanía habitual de insultos ibéricos que no reproduzco (no por malsonantes, sino porque todos ustedes los conocen a la perfección, para qué perder tiempo), se suma el pliego de cargos: ladrón, chorizo, etc. Si sale el imputado, lo mismo. Si vuelve a entrar, ahora a juicio, ídem, eadem, ídem. Y si sale, absuelto o condenado, qué más da, los cánticos seguro que no

varían. Y todos tan felices viéndose en los telediarios, y los sufridos policías aguantando el tipo intentando evitar que alguna oblea se escape hacia los reos...

Claro, a esta altura de la lectura, si es que no la han abandonado por el camino, mis habituales lectores me dirán: bueno, bueno, pero son cuatro gatos. ¡Ah, amigos, cuán quisiera que así fuese! La farsa se ha trasladado más allá de las pequeñas pantallas y en cualquier sitio aparece el severo Catón, siempre con más razón que todo el santoral y seguro que frustrado por no poder estar en la primera fila del pasillo impúdico en el que el pueblo se ceba con las celebridades. Somos un pueblo gritón, somos así. Y así nos luce el pelo. ¿Qué exagero? Pues a lo mejor, sí. O no, vaya usted a saber.

Juan Carlos Fernández  
Juancarlosfernandez.es